



1º Certamen de Relato Corto
Tema Lesbico
Organizado por Arcópolis



Numero	N-22
---------------	------

TITULO
Una mañana de Agosto

Autor
<i>Clarisa</i>

Al abrir sus ojos en aquella calurosa mañana de agosto lo primero que lograron enfocar era la imagen que tanto adoraba ver. Los labios de Claudia estaban deliciosamente aumentados de tamaño ,tanto era así que bien podría introducirse por completo en ellos; ser succionada, abducida por aquella lasciva planta carnívora era una fantasía que a menudo tomaba forma en su mente y esa ensoñación le hizo comenzar el nuevo día con una pícaro sonrisa dibujada en la boca.

El dilema siempre era el mismo: despertar a su bella durmiente con un mordisco o con un beso, sin embargo esa mañana Inés no sentía su cuerpo ni su mente receptivos para el sexo, de hecho un ligero regusto a hastío asomaba por las rendijas de la ventana acompañando a los primeros haces de luz que se proyectaban en la habitación. Algo ,alguna sutil clave intrincada y oculta le estaba indicando que pese a la plácida apariencia de aquella escena matutina las cosas de algún modo comenzaban a querer perder su orden perfecto y una leve punzada en el estómago le hizo sentir algo parecido a una monotonía que eclipsaba todos los buenos momentos vividos atrás. Se estaba cansando de tener la obligación de tomar siempre una iniciativa que ya no poseía, definitivamente estaba claro que el sexo debería ser cosa de dos y eso no parecía poder encajar en los esquemas unidireccionales y simplificados de Claudia.

En la ducha, bajo el manto envolvente del agua caliente sobre su piel trató de dar forma a esa sensación que no sabía bien interpretar, tenía ciertas piezas del puzzle pero no sabía por donde empezar, ni siquiera tenía claro si en verdad buscaba conformar alguna imagen completa, ni si su cabeza estaba en condiciones para querer jugar a los puzzles...algo no iba bien.

Cuando se inclinó para besarle la frente a Claudia ésta vaciló y abrió los ojos aun soñolienta:

- Te vas?.- acertó a farfullar la hinchazón de la planta carnívora.- creí que íbamos a desayunar por ahí...su voz sonó pastosa, desganada, desprovista de ese interés que pretendía mostrar.

- Son casi las doce, te parece una bonita hora para desayunar? Voy a estudiar a la biblioteca ,anda cielo ,quédate aquí tranquilita, te veo más tarde, eh?..-Inés se extrañó del sonido hueco de su propia voz que sonó como lanzada desde un embudo por la parte ancha hacia la estrecha, como si de ella se desprendiese un engaño tácito, no sonó desde luego todo lo amorosa que habría querido, eso sí la rúbrica de un beso protector en la frente ayudó a maquillar aquel amago de desasosiego palpable...

Al observar su imagen en el espejo del ascensor mientras atronaba en sus oídos(ya de buena mañana) su bulliciosa música electrónica de todos los días, volvió a repetir aquel gesto obscuro que tanto le divertía. Según iba acercando la cara al espejo y el vaho caliente de su aliento iba empañando la imagen, un beso inicial sobre el cristal iba dando paso al asomo lento y giratorio de su lengua que serpenteaba en círculos primero deprisa ,después más despacio, despacio a la vez que su mirada se volvía tan obscena como tierna,...para acabar apartándose y riéndose de sí misma con un guiño cómplice. Era su forma de elevar la autoestima, otra forma de decirse a sí misma: todo está bien, eres la ostia ,sal ahí y cómete el mundo!. Definitivamente se veía guapa esa mañana, se gustaba a sí misma, al menos por fuera.

En la calle, la gran avenida rebosaba vida y frenesí, el ruido del tráfico tapaba cualquier otro intento de expresión humana, el humo casi imperceptible de los tubos de escape se camuflaba entre el del gran puro que fumaba aquel señor de mostacho enorme que se apostaba todos los días y a todas horas en el mismo banco. Inés saludó tratando de disimular la mezcla de lástima y repugnancia que a partes iguales le provocaba aquella alma desventurada : buenos diaaaaaaass!,intentó decir la chica fingiendo entusiasmo matutino ._ buenos días

guapa._contestó el hombre alzando la vista. Ella reparó entonces en la triste mirada opaca y vidriosa de pez que la estudiaba.

La tentación de imaginar qué clase de miserias rodearían la vida de aquel infeliz se diluyó con la decisión de entrar en el bar y tomar un café, aun sabiendo que no le sentaría bien. Tampoco le sentaban bien otras cosas que tendría que hacer por obligación, así que al menos eso, aunque malo, era producto de una elección libre.

Al verla entrar, Matias, el camarero rubio de ojos azules que para el resto de féminas podría resultar hasta guapo pero para Inés resultaba un pelin amorfo y carente de atractivo le abrió la puerta cortésmente y con su blanquísima y exagerada sonrisa habitual.

- Un zumito?- Dijo sin variar ni un milímetro el ángulo de su boca. Por ella más bien parecía que hubiese hablado un ventrílocuo ,pensó Inés con sorna.

- Un cortado, por favor.-Dijo ella devolviéndole la misma sonrisa insulsa y fingida

- Te has dormido hoy, eh? -Continuó con su rictus cómico-

- Si, nos hem... me he dormido, anoche estudié hasta tarde y ... Miró hacia abajo y volvió a darse cuenta de que no debía dar tantas explicaciones, a quién carajo le importaba? A fin de cuentas a nadie le interesaba saber si el estudio fue fructífero o el polvo espectacular ,o si hubo o no tal polvo o su posibilidad, pero seguía sin controlar esa irritante e irremediable tendencia a las excusas y justificaciones innecesarias.

La idea la siguió martirizando unos cuantos metros más hasta que empezó a percatarse de que en verdad no tenía ningún tipo de plan para aquella mañana atípica de agosto, ni siquiera llegó a notar que el sudor empapaba ya las mangas de su camiseta ajustada, y la tentación de dar media vuelta y volver a casa con Claudia asomaba como una alternativa cuanto menos no descabellada, pero al mismo tiempo que la iba considerando se volvía a dibujar en la boca de su estómago aquella punzada repetitiva que extrañamente volvía a revivir por segunda vez de manera absolutamente vívida y eso impulsó a sus piernas a apretar más el paso en dirección a ninguna parte.

La gente caminaba con semblante serio y apático. A Inés le gustaba evocarlos como ejércitos de autómatas escindidos de sus propias almas, únicamente preocupados por ganar dinero para adquirir las cosas más ridículas imaginables, sin apenas sospechar que al poco tiempo todo perdería su valor reforzante y tendrían que volver a reinventar qué y cuántas nuevas cosas comprar para volver a ser felices. Esclavizados cada día en esa búsqueda material como único argumento válido en sus grises existencias. No eran de extrañar, pues, esas caras tristes y aborregadas, resignadas, acaso sorprendidas ante la súbita frescura de la sonrisa de alguien que no necesitaba comprar su bienestar.

Inés a menudo se planteaba que el consumismo era, disfrazado de una engañosa libertad, el mayor sistema de esclavitud jamás inventado, pero resultaba tan difícil encontrar fuera de esa rueda implacable ,algo con qué conseguir cierta estimulación vital, que lo más fácil y lo más sensato parecía sucumbir a él.

Inés siempre se planteaba que el consumismo era el mayor sistema de esclavitud jamás inventado, pero era tan difícil encontrar ya con qué estimularse que no se comprase o se vendiese, que lo más fácil y lo más sensato parecía sucumbir a él.

La chica seguía con su acelerado paso habitual animado por la electrizante turbulencia de la música en sus oídos. Su madre le había repetido tantas veces que un día la atropellaría un coche si andaba por ahí tan aislada del mundo, que en verdad era un hecho que había llegado a tener asumido y bien pensado hasta le parecía una manera de morir romántica, heroica y deseable incluso, solo acompañada por su música oscura, etérea, siniestra e incomprensible como lo era ella y como lo era su vida.

En ese momento advirtió que se había perdido. Le encantaba perderse y lo había estado buscando. Cinco años viviendo en aquella ciudad y lo que más le fascinaba era llegar a un punto en el que no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba, y mucho menos de cómo salir de allí, ello era en si mismo una motivación para volver de nuevo a fijarse en calles, semáforos ,en carteles indicadores, era una motivación para salir de su absentismo vital habitual y poner de lleno los pies en el suelo y la mente en activo.

La estrechez y la soledad de las calles se iba tornando cada vez más inquietante, lo cual le indicaba que no debía andar muy lejos del casco antiguo , mas no lo reconocía como tal, dado que habitualmente solía estar borracha cuando andaba por allí, así que era lógico que en estado de sobriedad fuese capaz de perderse por calles por las que había deambulado sin problemas decenas de veces en estado de achispamiento, por no decir de flagrante ebriedad...

Al doblar la esquina se perfiló ante sus ojos la imagen de un nutrido grupo de personas que se agolpaban a ambos lados de la acera, dejando entre ellos un espacio bastante amplio. Al aproximarse más observó que la mayoría de ellos eran hombres, hombres de aspecto desagradable, sucios, visiblemente borrachos, de bigotes y barbas mugrientas, hombres como el señor que antaño saludó bajo su casa. Muchos de ellos fumaban cigarrillos, en un porcentaje exagerado, pensó Inés ,para ser una cuestión de puro azar estadístico. Aquello impregnaba de humo el callejón dándole aun más, si cabe ,un aspecto siniestro a aquella extraña escena en la que por casualidad ,o no, se había visto repentinamente inmersa.

La tentación más lógica era la de salir corriendo, puesto que cuando los habitantes de aquel cuadro dantesco se percataron de su presencia empezaron a observarla con el descaro del que en su grupo de iguales se permite observar al que es diferente, con la mirada huraña y desafiante le decían a las claras:- niña lárgate, tu no perteneces a este lugar!.

Sin embargo aquellas miradas la retaron a no ceder, a no asustarse, y a reivindicar su derecho a explorar aquello que para ella era nuevo y objeto de curiosidad ,algo cuya satisfacción era de las pocas cosas interesantes que podía hacer ese día.

De ese modo decidió que tenía mucha sed y cruzó la puerta del que parecía ser el centro neurálgico de aquella cloaca urbana: “Bar Paquita”, rezaba un cartel medio raído que se sujetaba a duras penas sobre la techumbre.

En el interior había tres mujeres en la barra. Eran a todas luces extranjeras, del este, parecía a juzgar por su fonética. No hacía falta ser muy avispada para darse cuenta de que se trataba de prostitutas, nada atractivas por cierto, con sus tintes baratos y sus pieles estropeadas por un sol para el que no estaban preparadas. Sus cuerpos flotados de michelines contrastaban con el de otra joven que entró a continuación, muy joven , le calculaba unos quince años si es que los tenía. En sus ojos azules se proyectaba una luz entristecida a base de sueños rotos. Esta sí era guapa , guapa de verdad. Por un momento a Inés le provocaron náuseas sus propios pensamientos cuando se descubrió a si misma preguntándose si seria capaz de pagar por acostarse con aquella chiquilla, qué podía pues censurar en aquellos hombres a los que juzgaba como pseudoalimañas si ella misma había llegado a comprender sus más bajos instintos!.

Las tres mujeres tomaban cerveza. La más joven gritó con una voz sorprendentemente ronca: - agua!!, a lo que In se apresuró a gritar:- otra! Con un graznido que le pilló por sorpresa hasta a ella misma, sin duda producto de la tensión que le estaba contrayendo la parte baja del estómago. Las cuatro chicas se volvieron para ver quien había proferido semejante pifia vocal y cuando la vieron allí con ese aspecto de niña pija, estudiadamente desaliñada de Calvin Klein , el pelo recogido en un moño a lo Audrey Hepburn y sudando a mares bajo la protección inútil de sus gafas de sol Rayban, rompieron a reír no con demasiado descaro pero si con bastante evidencia. Ante esto Inés se sintió ruborizada ,bajó la vista y dijo:

- uff!! Q calor, no?- Ante lo que las mujeres volvieron a emitir un chiflido colectivo sin disimular la gracia que la situación les provocaba.

Tomó el agua tan rápido que sintió que las amígdalas se le congelaban y parecía que se clavaban en ellas mil alfileres que iban desde la garganta hasta los oídos. Con esa sensación salió a la calle y entonces vió que el número de mujeres se había triplicado, o al menos eso le parecía. Mientras apretaba el paso seguía sintiendo las miradas clavadas en su nuca, las de los hombres y también las de las mujeres, miradas de rechazo que por primera vez la hicieron sentir en peligro.

Volvió en ese instante la vista atrás al oír gritos violentos y desgarrados.

Una de las mujeres golpeaba con un zapato de prominente tacón a un hombre que se protegía en vano la cabeza con los brazos replegados. La mujer profería insultos hacia el hombre y éste, inexplicablemente, seguía abrazándose a si mismo, renunciando a cualquier tipo de ofensiva para defenderse, parecía saber bien que si lo intentaba se le abalanzaría encima algún chulazo cuatro por cuatro que a todas luces seria mejor evitar dada su poca coordinación en aquel momento.

La callejuela llegó a su final e Inés torció la esquina, acto seguido se perfiló ante ella la rectitud de una calle que ya le sonaba más familiar y ello la tranquilizó.

Sin duda había ido a parar al famoso barrio de la china, el barrio de prostitución más sórdido de la ciudad, y también el más peligroso.

Ser consciente del riesgo que acababa de correr le había encendido el pulso y acezando la respiración, se reprendió a si misma con un pequeño cachete de autorreproche sobre la cabeza y emitió un -joderrrrrrrrrrrr!! Que le salió del alma.

Paradójicamente pensó que por primera vez en lo que iba de día y se atrevería a asegurar que incluso en varias semanas se había sentido verdaderamente VIVA con todas las letras.

Había dado unos cuantos pasos más cuando una especie de silbido la hizo volverse.

Shhhhhhhhhhh!! Eh! Tú! Si,... tú!

- Yo?-respondió mientras inspeccionaba en un golpe de vista la calle percatándose de que no había nadie más a la vista.

Con paso sereno se acercaba un señor mayor, de unos 60 ó 65 años, delgado, calvo , de pelo blanco bien recortado a los lados, muy bien vestido y de aspecto afable y educado.

Cuando se hubo acercado lo suficiente sonrió y se introdujo las manos en los bolsillos con cierto nerviosismo.

-¿Buscas algo, niña?- dijo sin variar su expresión amistosa.

-Yo...me había perdido. Ee.. no gracias, todo está bien- se sintió tan incómoda que arrancó a correr, huyendo de lo que juzgaba una situación sumamente embarazosa.

- Seguro que no buscas nada?-insistió cortésmente el señor levantando la voz.

- No, gracias-volvió a repetir ya desde cierta distancia..

Cuando hubo desaparecido de su campo visual Inés empezó a pensar en lo que quería aquel anciano, que a las claras la había confundido con una prostituta, aunque no entendía bien qué era lo que desprendía su aspecto que pudiese dar lugar a concluir tal cosa, probablemente fuese una

cuestión de actitud. Se sintió halagada y azorada a partes iguales. Estaba claro que prostitutas habrían de muchas clases y aquel hombre parecía conocer bien su diversidad. Era de suponer que no parecía normal que una chica como ella deambulara por aquellos suburbios solo por pura casualidad.

En aquel instante descubrió que se sentía muy excitada, podía percibir claramente la humedad de su sexo resbalando por la ropa interior y su hinchazón se hacía tan notoria que sentía el roce de sus propios labios en cada paso que daba.

Se preguntaba si en verdad sería capaz de hacer una cosa semejante y en ese caso cuál podría ser su precio y qué podría ser capaz o no de llevar a cabo.

Sobretudo le confundía el hecho de que todo aquello la encendiese de esa forma, parecía que en el fondo era algo que le apetecía experimentar, al fin y al cabo, llegar a vender su cuerpo, aunque sólo fuese por un día, era una fantasía que siempre estuvo presente en su mente ávida de sensaciones novedosas.

100, 200, 300 euros?, cuánto valía su cuerpo?. Lo había regalado tantas veces sin obtener placer alguno a cambio...sólo por la satisfacción de ver disfrutar al prójimo, que a veces se cuestionaba si no habría podido hacerlo por dinero y llevarse, aparte de la satisfacción puramente altruista, algo más compensador, tal vez ese hecho podía constituir en sí mismo un motivo de excitación. Torció una nueva esquina y tropezó de bruces otra vez con el mismo señor y esta vez no pudo huir.

-Uy! Hola otra vez, volvemos a vernos, seguro que estás bien? Necesitas que te oriente hacia algún lugar?, tal vez necesitas dinero para volver a casa? Te pagaré un taxi!-.

Había algo en él que le confería un extraño aire de gentileza, de bondad, sólo era un buen hombre en busca de un poco de placer, de cariño, de contacto íntimo que no debía encontrar en su casa...No resultaba en ningún caso alguien amenazante, al contrario, parecía alguien de quien se podía fiar.

- Trescientos-. La voz salió de sus cuerdas vocales con una seguridad que pareció manar de cualquier lugar excepto de su propio interior.

El hombre vaciló unos segundos, sus ojos se abrieron desorbitadamente y dibujaron una parábola inmensa, aun así reaccionó de manera rápida y decorosa:

- Bueno ,niña, creo que con mucho menos podremos conseguir tu taxi- cuando dijo esto la rodeó con su brazo y posó su mano con delicadeza en el hombro tenso de Inés-.

Ella ya no podía hablar, ni andar, ni nada más, había sucumbido a su propio descontrol, había llegado hasta allí y estaba dispuesta a finalizar, por una vez, aquello que había empezado..

-Estás segura de que quieres venir conmigo? -.Trató de asegurarse el anciano para que no quedase lugar a dudas-.

- Si, vamos-volvió a oír decir a alguien que ya no era ella- .

Así, rodeada por el amable brazo de aquel señor que rebasaba en edad a su propio padre, andó unos metros hasta verse acomodada en el interior de un taxi,. Los coches pasaban en hilera uno tras otro en una alucinación contenida por la sedación de algo parecido a una común borrachera. El nerviosismo fue desapareciendo hasta dar paso a una extraña sensación de enajenación relajada, como quien monta en un tren y deja atrás toda su vida anterior sin la menor culpabilidad y sin importarle un comino lo que le pudiera deparar aquel extraño viaje.

El anciano pagó al taxista, salió del taxi y abrió la puerta galantemente ofreciéndole su mano para salir, sobre la que Inés depositó la suya, sudorosa y trémula, y se apeó del auto.

Entraron en un hotel de cuatro estrellas(ese detalle no se le pasó por alto). Allí, en la recepción, ella tuvo un último momento de duda y vacilación, se preguntó por última vez qué era lo que estaba a punto de ocurrir y qué significado tenía para ella aquella barbarie que estaba a punto de cometer . Acabó por responderse a si misma que en verdad le importaba bien poco...Dejaría que todo fluyese y punto.

Lo último que visualizó fue la cara de Claudia que se evaporaba narcóticamente en su imaginación mientras le sonreía protectoramente como si de algún modo le diese su visto bueno para todo aquello y simbólicamente agitaba al viento un pañuelo blanco en señal de despedida como en aquella escena del barco en Criaturas celestiales, su película favorita, que a menudo solía evocar.

Una vez en la habitación del hotel todo sucedió a una velocidad vertiginosa y envuelto en un manto de densa irrealidad.

El hombre le ofreció algo de beber del mueble bar que Inés aceptó y bebió de un solo trago. una y otra y otra más, hasta que completó tres copas de whisky hasta sentir una agradable sensación de rubor en sus mejillas acompañada de una creciente sobrevaloración de control sobre la situación.

Entonces, completamente desinhibida se levantó de la silla y de un empujón tumbó a su cómplice sobre la cama. Con su dedo índice posado sobre el labio inferior le pidió silencio y empezó a desvestirse con lentitud , recreándose en cada movimiento, en el roce suave de cada prenda al deslizarse sobre su piel húmeda hasta quedar en ropa interior de negro riguroso, su favorito.

Aquella vez la escena había sido perfectamente dispuesta para alguien que no era su dulce Claudia...tal vez para alguien que lo necesitaba y lo agradecería mucho más...

Se sentó a horcajadas sobre él y se apretó un poco más hasta notar que sus sexos estaban en contacto. Aunque aun no percibía la dureza de su paquete el roce le pareció muy excitante.

El señor desabrochó con soltura su sujetador y empezó a lamer entre jadeos sus pezones extremadamente erectos; los recorría con suma paciencia en movimientos circulares deteniéndose en el centro con una presión algo más vigorosa y con un suave mordisqueo. Inés observaba con verdadera atención el rostro del anciano impregnado de una fascinante veneración hacia aquella suavidad que le era ofrecida en sacrificio. Juventud y ancianidad se fundían simbióticamente en una danza atípica no exenta de un halo de ternura y de misterio, la danza entre la plenitud y el ocaso.

El, en un movimiento rápido la tendió en la cama y se desvistió de prisa al mismo tiempo que la desprendía de las bragas dejándola completamente indefensa. Con ambas manos tomó sus muslos y se los separó con sutileza hasta dejar a la vista y completamente abierto aquel coño joven que se ofrecía sin resistencia solo para él. Se quedó unos segundos absorto observándolo con expresión conmovida y entonces hundió su cara en él.

Inés no cerraba sus ojos en ningún momento, quería ser absolutamente consciente de la escena, no quería perderse ningún detalle; ya que había decidido que aquello ocurriese, lo viviría con toda su intensidad y asumiría sin rechistar sus consecuencias.

El hombre trataba de coordinar su respiración agitada con sus sabios movimientos de lengua que chupeteaban el clítoris con sorprendente maestría, a Inés le parecía que ninguna mujer se lo había comido mejor jamás y emitió en ese instante su primer gemido de placer.

Entonces aquel cuerpo ajado por los años se deslizó hasta quedar encajado en las caderas de la joven de forma que su polla erecta cuyas palpitaciones eran, ahora si, evidentes, empezó a

frotarse rítmicamente contra su coño mojado. A ella le gustaba y dirigía las caderas de su inesperado amante, arriba y abajo, a su total antojo.

Después de unos cuantos movimientos el hombre ya no pudo más y dirigió su falo con la mano hasta que la penetró hasta lo más profundo. Ella gimió levemente y sintió una punzada de dolor que se disipó en un par de jadeos más hasta que acabó por desvanecerse en el continuo roce. Los embites de sus caderas se hicieron cada vez más fuertes y más rápidos y en ese momento ella empezó a notar que había dejado de pasarlo bien y que su sexo se había empezado a secar perceptiblemente con lo que se le agudizaba la sensación de molestia. Para entonces él ya estaba fuera de sí. Inés pudo verlo en el segundo en que sus caras se cruzaron fugazmente. Era hora de pasar al plan B.

Ella ya sabía que la única forma de disfrutar en la cama con un varón era convertirse en él , apropiarse de su sexo y follarle a si misma con violencia, sentir lo que él sintiese, ver su propio rostro sometido a sus embestidas y perderse en el interior de su propia feminidad, verdaderamente, era algo que le envidiaba a los hombres. Y así lo hizo. Cerró los ojos, y se visualizó a si misma, se vio follada ,penetrada, ultrajada y profanada hasta lo más profundo de su cuerpo y de nuevo empezó a lubricarse de verdad.

En un giro rápido logró expulsarlo de su interior y lo situó debajo, le sujetó las manos y empezó a lamerle la polla muy lentamente rodeando el glande, dibujando un anillo con su lengua y bajando hasta el escroto, que lamió como un gato lo haría, con aspereza.. El anciano abrió la boca de par en par y un hilillo de saliva resbaló desde sus labios hasta condensarse en su barbilla donde quedó retenida, en una mueca de delirio incontrolado.

La chica volvió a tumbarse en la cama y abrió sus piernas totalmente ofreciéndole a su invasor de nuevo la posibilidad de adentrarse en su humedad.

Y él preso de un frenesí incontrolable la folló, la jodió salvajemente, su sexo trataba en cada asalto de arañar un milímetro mas de profundidad.

Inés era él y se follaba con más fuerza de la que el hombre se atrevería a usar, fuck! fuck! fuck! fuck!fuck!fuck!.

Lo primero que vio al abrir los ojos fue el rostro de Claudia. Sus gritos la hicieron despertar y salir de su obnubilación.

La escena que se perfiló entonces la sumió en la confusión más absoluta.

Su chica estaba allí bajo su cuerpo, corriéndose en un orgasmo brutal.

La boca de Inés mordía uno de sus pezones, su mano izquierda estaba agarrada a su cuello cortándole el aire en un estrangulamiento parcial y en su mano derecha sostenía semihundido en el sexo de Claudia el consolador de látex que compraron juntas una noche de embriaguez, para no ser usado jamás...hasta aquella mañana de agosto.

Antes de intentar darse alguna explicación plausible trató de finalizar lo iniciado y descendió un poco más hacia abajo .Al mismo tiempo que movía el dildo con profundidad su lengua absorbía todo el liquido que iba manando del sexo de su chica. Extrajo el vibrador y lo dejó a un lado, para sustituirlo por uno, dos, tres, cuatro de sus dedos y pudo comprobar como las paredes de Claudia fagocitaban su mano hacia adentro en potentes contracciones. Aquello se prolongó durante unos minutos más en los cuales la una trataba de recuperar la respiración y la otra la cordura.

Pero qué coño?... qué diablos ha pasado?.. y aquel señor? Y el hotel? Pero, qué hago aquí? Acaso no he llegado siquiera a salir? Acaso todo esto ha sido una alucinación ? sigo con aquel viejo y mi mente ha logrado viajar hasta aquí para liberarme del horror en que me he visto atrapada? Se deslizó hacia arriba y empezó a besar y tocar cada milímetro del cuerpo de Claudia para cerciorarse de que en realidad estaba allí donde debía estar, que todo lo demás solo había sido una fantasía demasiado vívida que le había jugado una (no sabía si buena o mala) pasada. Y si, Claudia era tan real como ella misma, como lo era segundos antes el hombre que tan inesperadamente bien la había guiado hacia el placer. Pero entonces, cómo podía saber qué era lo real y qué no?.

La voz de su novia rompió el silencio.

-Cariño...ufffff!!-dijo mientras le acariciaba el pelo-. esto ha sido...no se...estoy...creo que nunca...

Inés sintió una súbita sensación de náusea que la impelió a levantarse a toda prisa de la cama. En un reflejo instintivo recogió los pantalones vaqueros del suelo y se los llevó, no sabía bien porqué.

Ya en el baño, se lavó la cara. No llegó a vomitar, pero seguía teniendo aquel sudor frío adherido por todo el cuerpo.

Intentaba pensar con calma, si es que podía intentar tenerla.

Le parecía sumamente confuso todo aquéllo, no solo porque a Claudia le horrorizaba la penetración y después de 6 años sería completamente incapaz de instarla a hacerlo y mucho menos orgasmar de aquella manera, sinó porque la sensación de realidad al haber vivido aquella experiencia paralela era tan potente que empezaba a considerar la posibilidad de haber hecho un viaje astral o algo parecido ,de haber estado en 2 lugares a la vez, de otro modo aquello era una locura incomprensible.

En el armarito del aseo había un paquete de Camel y un encendedor. Le pareció un buen momento para fumarse un pitillo y recobrar la compostura. Los pantalones seguían en su mano y como una autómatas, sin saber porqué, se los puso. Mientras se miraba al espejo la voz de Claudia iba haciéndose audible de menos a más por el pasillo.

- cariño?! Cariño, estás bien? Puedo hacer algo por ti? Yo...dime que estas bien y volveré a la cama..dime algo, vida, por favor...

La puerta empezó a ser aporreada con vehemencia, cada vez con mayor ansiedad.

- Vamos, amor! Dime algo! Voy a entrar, vale?.

Claudia se levantó preocupada ante la tardanza de Inés en el baño. No es que fuese una histérica, pero la había visto muy extraña, fuera de sí, y aquel comportamiento tan brutal en la cama...

aunque cierto era que le había proporcionado la mejor experiencia sexual de su vida también era no menos cierto que no la había reconocido; era como si no hubiese estado con ella. Y no es que no lo hubiese hecho otras veces, y ella también, joder! A veces se fantasean cosas para excitarse aun estando con la pareja, pero si así había sido solo Dios sabía en que clase de sordidez había navegado la mente de su novia esa mañana. Se debatía entre si sentirse bien o mal , mas en ese momento estaba invadida por una tremenda zozobra.

Cierto era que en los últimos tiempos su vida sexual se había apagado mucho, y sabía que Inés se culpaba amargamente por ello, pero Claudia era consciente de que gran parte de la responsabilidad era suya , se les fundía lentamente el fuelle y no sabían como recuperarlo...

-Vamos In ,cariño, voy a abrir, eh?-dijo con decisión al tiempo que giraba el picaporte de la puerta con la máxima inquietud ante lo que podía encontrarse.

Inés estaba allí, de pie, con los vaqueros de Calvin Klein que le regaló por su cumpleaños. Esa mañana le pareció que le sentaban aun mejor que otras veces. Estaba frente al espejo con el pecho desnudo , humedecido de sudor por todas partes. Entre sus dedos tenia un cigarrillo humeante. No parecía haberse dado cuenta de que ella estaba allí, de hecho ni siquiera se volvió al oír la puerta, por lo que Claudia decidió no interrumpir aquella desconcertante escena. Inés seguía fumando con la mirada perdida, se observaba en el espejo espirando el humo contra el cristal y asombrándose ante su condensación. Los mechones alborotados del pelo le caían graciosamente sobre los hombros, la cremallera de los pantalones ligeramente desabrochada dejaba entrever parte de su vello púbico y su mano en el bolsillo parecía acariciarse la entrepierna como si buscara hallar algo oculto y proscrito en ella.

Aquella pose intermedia entre Angelina Jolie y Leonardo di Caprio le hizo venerar aun más ese punto imperceptible de ambigüedad que a veces desprendía aquella muchacha, mitad ángel mitad demonio. Eso era lo que más adoraba de ella y se sintió en ese preciso instante, mientras la veía fumar con ese aire ausente no exento de cierta lubricidad y cargado de una obscenidad provocativa, más atraída que nunca hacia aquella criatura que momentos antes la había hecho gozar como jamás lo había hecho.

- Cariño, estás bien?. Respóndeme!- dijo tratando de mantener un tono conciliador que a todas luces dejaba entrever su nerviosismo.

- Si.- Respondió soltando el humo del cigarrillo y mirándola por primera vez.

- He pensado que podíamos salir a cenar esta noche , hace tiempo que no salimos por ahí tu y yo solas, qué te parece? -. Dijo Claudia tratando de normalizar la situación.

- Si-. volvió a monosilabear con tono neutro.

- Repentinamente Inés rompió su inmovilidad y se abalanzó sobre Claudia apretándola y fundiéndola contra su pecho desnudo en un abrazo impetuoso que duró demasiado tiempo para ser solo un simple abrazo.

-Cariño-. susurró Claudia sorprendida - .te quiero...mucho , lo sabes?.

- Yo a ti más...

Inés dijo estás últimas palabras y cerró los ojos. En su puño cerrado con fuerza apretaba un amasijo de papel humedecido por el sudor de la palma de su mano. Cuando liberó ligeramente la presión uno de los tres billetes de 100 euros que agarraba cayó al suelo. Ninguna de las dos se percató de ello.

-Salgamos a cenar, Claudia...Pero deja que invite yo...